

Apocalipsis 2:8-10

Apocalipsis 2:8-10

«Escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: » «El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto: » ‘Yo conozco tus obras, tu tribulación, tu pobreza (aunque eres rico) y la blasfemia de los que dicen ser judíos y no lo son, sino que son sinagoga de Satanás. No temas lo que has de padecer. El diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. ¡Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida!’ (Apocalipsis 2.8–10, RVR95)

Éste es el día de la confirmación de varios jóvenes de nuestra iglesia. Se añaden a los 16 que fueron confirmados hace sólo una semana en la reunión general en Santa Beatriz. Es un gran día. Marca el fin de un período de instrucción en la fe cristiana, la primera recepción de la Santa Cena, la renovación o confirmación de los votos del bautismo, una confesión pública de la fe en Jesucristo, ser admitido al nuevo estado de miembro comulgante de la congregación y de Centro Cristiano Luterano. Es importante que nosotros confirmemos nuestra lealtad y fe en Jesucristo, pero más importante es que Jesucristo, mediante su palabra, nos confirme hoy y siempre mediante su santa palabra. Meditemos hoy, luego, en el tema: **Palabras de aliento para los que se confirman**. I. La fuente de las palabras – Jesucristo. II. Los que reciben las palabras, pobres pero ricos. III. El contenido de las palabras – profecía y exhortación. IV. La promesa de las palabras – la vida.

Las palabras de nuestro texto fueron escritas a la iglesia en Esmirna, una ciudad en lo que hoy es Turquía. Pero lo que se dice aquí se aplica también a nosotros hoy día. Vemos primero quién habló las palabras. Se describe como el primero y el postrero. El que habla es Dios mismo, el que existía antes del tiempo, y que seguirá existiendo después del tiempo. Es el eterno. Pero al mismo tiempo es un hombre. Se describe como el que estuvo muerto y vivió. Vemos que aquí tratamos de Jesucristo mismo, el único que es verdadero Dios eterno, y también un verdadero ser humano que murió y volvió a vivir.

Ciertamente, entonces, éstas serían palabras importantes. No sólo porque son las palabras de Dios, sino porque son las palabras del Dios que tanto amó a nosotros los pecadores que tuvo a bien sufrir y morir por nosotros y por nuestros pecados. Al hacerlo expió nuestros pecados, y nos rescató del reino de Satanás, la destrucción y la condenación. Y para sellar su victoria y garantizarla para nosotros, resucitó de los muertos. Es su Señor Supremo y su Salvador, entonces, que dirige a ustedes estas palabras. Son palabras para su bien, palabras habladas desde un corazón lleno de amor y cuidado por ustedes, jóvenes ovejas de su rebaño, y hacen bien en tomarlas en su corazón para atesorarlas y meditarlas.

Los que reciben las palabras son descritos como pobres, pero a la vez ricos. Los cristianos de Esmirna tal vez venían de los estratos más humildes de la población, o tal vez ya habían perdido

propiedades y bienes en la persecución. Económicamente, no tenían muchos recursos. Eran pobres y atribulados.

No es un secreto que el Perú está pasando horas críticas, tiempos en que no hay mucha abundancia de cosas materiales. A veces parece faltar lo más básico, comida, ropa, oportunidad para la educación. En tiempos como éste, muchos se desesperan. Ustedes también podrían pensar: Si hubiera vivido en otra época, en otro lugar, en otras circunstancias, las cosas me irían mejor. Pero al igual como en el caso de los creyentes en Esmirna hace tanto tiempo, lo que Jesús les dice a ellos se aplica también a ustedes. “Pero tú eres rico”. ¿Cómo?, dirán. Pero considérenlo. ¿No es cierto? Otros tal vez tengan mucha vida de fiestas con grandes entretenimientos a que invitan a muchos amigos. Pero la fiesta termina. Y en muchos casos se termina el dinero, se termina la amistad. Pero ustedes tienen un amigo tan fiel que nunca los dejará ni los abandonará. No durante la vida, no en la hora de la muerte, ni en toda la eternidad. ¿No es ésta verdadera riqueza? La palabra del perdón. Las mansiones celestiales. Cuando consideran lo que tienen en Cristo Jesús, tienen que decir también, Sí, bendito sea Dios, teniendo a Cristo soy más rico que el hombre más rico en el mundo sin Cristo. Él es el único tesoro que vale la pena tener. Y mientras me tengo a él, estaré contento, y lo seguiré y me aseguraré siempre de no perderlo. Estoy seguro de que ésa es su actitud en cuanto a Cristo su Salvador hoy día. Pero ¿qué tal mañana? ¿Qué tal cuando soplan los vientos fuertes de la persecución? ¿Qué tal si hasta la misma vida fuera amenazada por causa de Cristo? ¿Escogerían todavía a Cristo como su mayor tesoro? Escuchemos lo que Jesús dice en profecía y exhortación.

No sabemos lo que trae el futuro. pero no debe sorprendernos que haya fuertes presiones en el futuro de olvidar los votos y promesas que repetirán solemnemente ante Dios y esta congregación hoy. Donde Dios hace su obra, Satanás no queda muy atrás, sino busca desbaratar y destruir la obra de Dios y echar otra vez en la perdición a los a quienes Cristo ha redimido y rescatado. El resultado es duro conflicto. A veces toma la forma de la actitud de amigos o familiares, a veces la conducta ofensiva de uno que dice ser un hermano cristiano, a veces la atracción de lo material o placeres de este mundo, a veces la doctrina falsa que destruye el evangelio, y puede ser hasta la amenaza de castigos o muerte para el cuerpo si no renunciamos a Cristo. Hoy renuncias otra vez al diablo con todos sus caminos y todas sus obras. Pero el diablo no se cansará de tratar de hacerle otra vez renunciar a Cristo y su obra redentora. Buscará devorar también a ustedes. Pero frente a todo el peligro, su Salvador les dice: “No temas en nada lo que vas a padecer”. La persona a quien Cristo primero habló esas palabras iba a sufrir mucho. “He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días”. Pero aún ellos no tenían que temer. ¿Por qué? Ciertamente porque el Cristo que les dijo: “No temas” estaría con ellos y pelearía por ellos contra Satanás y todas sus huestes para no perder a los que tanto quería que les había salvado con su propia sangre. Cristo mismo los confirmaría.

A ustedes también, y a todos nosotros aquí que tendremos la misma lucha, el Señor dice: “No temas”. Nos recuerda que las tribulaciones y las tentaciones sólo durarán un tiempo breve. Pero después, después – y aquí viene la gloriosa promesa de estas palabras: “Se fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”. Así como el atleta lucha, sufre agonía, para al final tal vez recibir la corona, el cristiano también lucha, sufre agonía, pero al fin recibe seguramente la corona de la vida. Amén.